

es sagrada". En "la risa de Sara", pasa revista a la fe en las realidades últimas, a la cual considera como la "piedra de toque" de la veracidad de la fe en Dios.

En fin, quedan muchos capítulos por desentrañar, muchas ideas por descubrir por el lector mismo, con las que podrá medirse y valorar al autor. En las últimas páginas del libro el "confesor" se confiesa y nos revela un proceso de cambio que se está operando en su interior y al que denomina "cobrar un segundo aliento" en la propia vida de fe. Como Jesús resucitado salió al paso del desencanto de los de Emaús y les introduce en una segunda comprensión de los hechos, es posible recuperar la esperanza perdida ante las dificultades que parecen sofocar la fe de los cristianos. Halík ve imprescindible para ello aprender de nuevo el arte de la contemplación y del silencio interior que permite a Dios hablarnos a través de nuestra propia vida e ir corrigiendo "las trampas devotas" con las que pretendemos manejarle. Dejemos que las últimas frases del libro nos expliquen esta "fe del segundo aliento" que el autor ha concebido en sus madrugadas de ermitaño, esperando la luz de la aurora:

La religión, que pasará, se esforzó por eliminar las paradojas de nuestra vivencia de la realidad; la fe a la que maduramos, la fe pascual nos enseña a vivir con las paradojas. No tememos las sacudidas que trae a nuestra época, ni siquiera las sacudidas en el área de la religión. Muchas han pasado y muchas pasarán todavía. Pero permanece eso sobre lo que –como creo firmemente– crecerá "el cristianismo del segundo aliento": la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Para los tiempos en cuyo umbral nos encontramos, la más necesaria, estimo, será la esperanza.

Rafael Delgado Escolar

FAZIO, M., *Historia de las ideas contemporáneas. Una lectura del proceso de secularización* (Rialp, Madrid, 2017). 432 pp. ISBN: 978-84-321-3969-7.

Cuando Pablo VI escribió en *Evangelii nuntiandi* que la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, nos indicaba que un anuncio del Evangelio que no transforme los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento... que están en contraste con la Palabra de Dios acaba como la sal que se vuelve sosa, incapaz de impregnar evangélicamente esa cultura. De ahí la importancia que cobra el conocimiento de las ideas que subyacen a la cultura de una determinada población, pues ellas configuran, en gran medida, la forma de estar en la realidad.

El libro que presentamos nos ayuda a conocer cuáles han sido las ideas que han modelado la cultura moderna (del siglo XV hasta ahora) teniendo como hilo conductor la *secularización*. Secularización entendida no como la pérdida del sentido religioso o sinónima de descristianización, sino como autonomía relativa de lo temporal, lejos, pues, de la comprensión propia del laicismo, que aboga por una autonomía absoluta de lo temporal, desligada de toda Trascendencia.

El autor estructura su libro en cuatro grandes partes, presentándonos a lo largo de las mismas un análisis de los movimientos culturales de Occidente desde el comienzo de la época moderna hasta nuestros días. En la *primera parte* se recogen las claves que nos permiten entender la época moderna, desde el Renacimiento –comienzos del siglo XV– hasta la Ilustración –siglo XVIII–, resaltando el comienzo del proceso de secularización y sus consecuencias culturales. En la *segunda* se estudian las principales ideologías contemporáneas –liberalismo, nacionalismo, marxismo, cientificismo– destacando el papel que juegan como religiones de sustitución, una vez que el hombre se hace con el puesto que hasta entonces ocupaba Dios. La *tercera parte* analiza la crisis de la cultura moderna, fruto de la no realización de los diversos paraísos prometidos. Por último, dicho estudio *concluye* con un análisis de la relación entre cristianismo y Modernidad, concretamente la relación entre la Iglesia católica y el mundo contemporáneo.

Cuatro amplios capítulos dedica el autor para hablar en la *primera parte* de las raíces de la modernidad. En el *primero* de ellos se detiene en tres hechos históricos, que se suceden entre el siglo XV y el XVI, y que indican que un mundo –el medieval– está feneciendo y otro –el moderno– está naciendo: *Renacimiento*, redescubrimiento del mundo clásico en su radical antropocentrismo, contrario a la tradición medieval cristiana teocéntrica; *Descubrimiento de América*, lo que le permite tratar las críticas a la teocracia medieval y el surgimiento de una nueva figura antropológica, el buen salvaje, que está en el origen de las doctrinas revolucionarias del siglo XVIII; *Reforma protestante y Reforma católica* (o *Contrarreforma*). El *segundo capítulo* estudia las ideas que sirvieron de base al Antiguo Régimen (siglos XVII-XVIII) para, a continuación, presentar las notas principales del Nuevo Régimen y así destacar sus diferencias. El *tercer capítulo*, que lleva por título la *Ilustración*, comienza estudiando los filósofos modernos que prepararon dicho movimiento, Descartes y Hume, y, a continuación, describe las notas fundamentales de la Ilustración –centralidad del hombre, pretendido triunfo de la razón sobre la fe y del progreso sobre la tradición–, tal como se desarrollaron en Inglaterra, Francia y Alemania, para terminar con la exposición del sistema kantiano. El *cuarto capítulo* expone, frente a la unilateralidad de la Ilustración, el Romanticismo como la revolución copernicana de la subjetivización, y el Idealismo alemán –representado fundamentalmente por Hegel– en el que la realidad total es el proceso de autoexpresión de la razón infinita. Termina este capítulo con la reacción anti-hegeliana de Kierkegaard, que trata de recuperar la instancia trascendente, la superioridad de la fe sobre la razón y el carácter único e irrepitible de la persona humana.

En la *segunda parte*, el autor describe una serie de sistemas ideológicos (conjunto de creencias totalizantes de origen humano que pretenden sustituir a la religión en su papel de saber total) como resultado de la revolución cultural promovida por la Ilustración y el Romanticismo. El hueco que deja Dios es ocupado por el hombre, que acaba absolutizando distintas áreas de la realidad, relativas y contingentes. El primero de estos sistemas es el *liberalismo*, que define como un modo de pensar ideológico cuya manifestación político-institucional es la *democracia liberal* y el *capitalismo* el sistema económico ligado a ella. El segundo es el *nacionalismo*, al que describe como la manifestación colectiva del liberalismo, en el sentido de que el nacionalismo se identifica con la pretensión de autonomía absoluta de la comunidad nacional. Su éxito a lo largo de los siglos XIX y XX se debe al hecho de que utiliza instrumentos más sentimentales que intelectuales. El tercer sistema estudiado es el *marxismo*. Al igual que el nacionalismo no se puede entender sin el influjo del sistema hegeliano del idealismo absoluto. Pero será Feuerbach quien, invirtiendo el sistema hegeliano –transformando el idealismo en materialismo– y sustituyendo a Dios por la especie humana, incida de modo decisivo en la obra de Karl Marx. Para éste, las religiones son el reflejo de las estructuras socio-económicas. El mundo religioso, por tanto, no tiene consistencia real. La última ideología estudiada es el *cientismo* que, a diferencia de las tres anteriores, no es una ideología política sino una visión reductiva del hombre que, partiendo del progreso científico, trata de dar una explicación última de la realidad. Citando al historiador Christopher Dawson, nuestro autor señala que estas ideologías se comportan al modo de religiones sustitutivas: conservando algunos elementos de la tradición cristiana terminaron por transformarse en el núcleo de la rebelión contra la trascendencia. El resultado final de esta Modernidad ideológica, una vez agotada su potencialidad, es el nihilismo, la pérdida de sentido.

La Modernidad prometió paz, libertad, justicia y bienestar. Pero el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) la enfrentó con la realidad de una crisis cultural, incubada desde finales del XIX, aceptada unánimemente por todos, pero diversamente interpretada en sus causas. La *tercera parte* de este estudio se centra en la crisis de la cultura de la modernidad. Un *primer capítulo* estudia una serie de autores: Bergson, Blondel, Marcel, Mounier, Maritain y diversas corrientes filosóficas: existencialismo, filosofía de la acción, personalismo, neotomismo. Todos ellos caen en la cuenta de que en el origen de la crisis hay una concepción equivocada de la naturaleza humana. Presentan al hombre como persona, como individualidad espiritual abierta a una trascendencia interpersonal. Pero hay otras interpretaciones a esta crisis, como la que representan los nihilismos, que, al presentar la radical falta de sentido del hombre y de la historia –difundida tras la Guerra–, abrieron un espacio al relativismo que desconfiaba de toda explicación global, de todo valor moral absoluto y de toda verdad objetiva. En el *segundo capítulo* se trata el pensamiento de Nietzsche, padre del nihilismo contemporáneo, que no se puede entender sin conocer sus circunstancias históricas y personales. La herencia de Nietzsche es, según nuestro autor, doble: por un lado, los regímenes totalitarios –nazismo, fascismo, stalinismo– basados en el poder y el

voluntarismo. Por otro, está la herencia del pensamiento débil, del relativismo moral, del subjetivismo escéptico frente a cualquier presunta verdad. De ahí que estudie a los diversos autores que forman parte de la Postmodernidad: Lyotard, Derrida, Vattimo. Todos ellos, aunque no aceptan el calificativo de postmodernos, se rebelan contra los grandes mitos modernos: la razón, el progreso, las grandes narraciones de sentido. Ellos se inclinan por la diferencia, lo irreductible, lo indeterminado. Un *tercer capítulo* lleva el título de la “sociedad permisiva”. La disolución de un orden moral objetivo, consecuencia del nihilismo cultural, se manifiesta de un modo claro en el ámbito de la sexualidad. El estudio de Freud, para quien el hombre no es dueño de sí mismo, sino que depende de los impulsos que provienen del inconsciente, y su pansexualismo –todo fenómeno individual o social tiene un origen sexual– como elemento interpretativo del mundo, unido al pensamiento revolucionario marxista, producirá la crisis contracultural de los años 60 del siglo pasado. Muy unido a este pensamiento se encuentran la Escuela de Frankfurt con su teoría crítica de la sociedad, el feminismo, la ideología de género, los ecologismos y la vuelta de la sacro (*New Age*).

Por último, la cuarta parte de este estudio analiza la relación entre la Iglesia Católica y el mundo contemporáneo. No es tanto un tratado de historia de la Iglesia moderna y contemporánea, sino un estudio de la relación entre la fe y las corrientes culturales de ese período histórico, haciendo hincapié fundamentalmente en el magisterio pontificio. El paso del Antiguo Régimen, en el que la Iglesia se encontraba plenamente inserta en las estructuras políticas, económicas y sociales, al Nuevo Régimen no se realizó sin grandes dificultades para la Iglesia. Frente a la mentalidad tradicionalista, que ve en la sociedad pre-revolucionaria la forma perfecta de organizar las relaciones sociales –lo que conlleva su rechazo de la Modernidad por ser intrínsecamente anticristiana– los católicos liberales consideran que la libertad, la igualdad y la fraternidad son frutos sociales de una lectura madura del Evangelio. Los tres capítulos que contienen esta última parte del libro ponen de manifiesto el largo y difícil proceso por el que la Iglesia, a través del magisterio pontificio, va tomando conciencia del nuevo clima cultural que supone la Modernidad, tratando de hacer una criba ente lo divino y lo humano, distinguiendo entre la Iglesia, en cuanto guardiana de la fe revelada, y el conjunto de instituciones históricas contingentes, que pueden encontrarse circunstancialmente unidas a la Iglesia en cuanto institución histórica. En este sentido, el Concilio Vaticano II supuso todo un espaldarazo a la legítima autonomía de lo temporal (cf. *GS*, 36) y a la libertad religiosa (cf. *DH*, 2). Las aportaciones de Juan Pablo II a lo que el autor denomina una modernidad cristiana –no se trata de un nuevo antropocentrismo, sino de ponerse al servicio de la verdad integral de la persona humana– y de Benedicto XVI en torno a la recuperación de la verdad como estrategia para vencer lo que él llama la “dictadura del relativismo”, dan paso al pontificado de Francisco con su insistencia en la superación de la “cultura del descarte” –consecuencia práctica de la dictadura del relativismo– y su superación por medio de la misericordia, el encuentro, el diálogo, la ternura y la proximidad.

Libro recomendable por su claridad expositiva y porque consigue lo que se ha propuesto desde el principio: entender los orígenes intelectuales de los movimientos culturales por medio de un análisis sereno y ponderado del mundo circundante.

Avelino Revilla Cuñado